

LA LENGUA HISPANÍDA

POR

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

Con motivo de haber terminado—tras varios años de trabajo—mi obra "Lengua y Literatura de la Hispanidad" en seis volúmenes, para su enseñanza a las juventudes hispánicas—de España y América—, he tenido ocasión reciente de plantear y resolver ante la Facultad de Letras de Buenos Aires un viejo problema que desde el Romanticismo venía inquietando al noble pueblo argentino, principalmente, y con menos intensidad a otras culturas de la América hispana: el problema—justamente—de sus Lenguas respectivas.



El problema de las Lenguas en las Repúblicas hispano-americanas comenzó a serlo en fecha moderna, apenas un siglo. Fué uno de tantos que suscitó la hora de las Independencias al desprenderse aquellas Repúblicas de la organización, imperiosa y secular, de la Metrópoli española.

Fué una cuestión esa lingüística—junto con la política y la cultural—que sintió todo el americanismo liberal y romántico. Y ante la que se adoptaron tres posiciones, a lo largo de todos estos años.

La primera posición fué conservadora (Bello y Cuervo, como esenciales representantes). Todavía con la tradición dieciochesca (Mayans, Vargas Ponce, Terreros) de considerar la Lengua española y, por tanto, americana, como algo "concluso" y "autorizado". Debiendo tanto unos como otros, los de allá y los de acá, "huir de las innovaciones y usar con prudencia los neologismos" para no caer en la fatal evolución de lo dialectal. Recordando—por espejismo—el caso del Latín y sus diversificaciones romances al derrumbarse el Imperio de Roma. Para estos conservadores—al modo de Bello y de Cuervo—había que evitar, a todo trance, que la unidad lingüística del español se disolviese, aunque la unidad política hubiese quedado liquidada. Pensaron—sin embargo—, que no era tarea fácil. Y sin considerar que las comunicaciones espirituales eran distintas que aquellas entre Roma y los países románicos en el Medievo, vaticinaron con pesimismo sobre el porvenir de una común Lengua unitaria.

La segunda y siguiente posición—la de los románticos—vino a dar casi la razón a ese pesimismo de los "conservadores" académicos. Fué esta segunda una posición revolucionaria y separatista. Representada—muy singularmente en Argentina—por polemistas como Sarmiento, Alberdi, Echeverría y Gutiérrez. Culminando a fines de siglo—en 1900—con un famoso libro de Abeille, que exigía un "idioma nacional", independiente del español, a base de vulgarismos criollos y lunfardismos (suscitándose de nuevo esa tesis—tardíamente, en 1941—, cuando el profesor A. Castro rozó la susceptibilidad argentina con un estudio intemperante: "La peculiaridad lingüística rioplatense").



Si la primera posición—o "conservadora"—fué demasiado académica y racionalista, esta segunda posición "revolucionaria" era demasiado romántica y excesiva.

Ya en la Península hispánica—frente a tal irrupción negadora de la unidad lingüística por parte de hispanoamericanos—surgieron voces clarividentes como la de un Castelar,

asegurando que la Lengua española "resplandecería con luz más clara en lo porvenir". Como la de un Unamuno al identificar "la palabra con el alma". La de un Grandmontagne, cuando afirmara "que el sol no se había puesto en el imperio idiomático". La de un Menéndez Pidal, cuando demostró que no "existían de hecho escisiones aun cuando se quiso provocarlas".



Pero el equilibrio vital e histórico se impuso alzándose, al fin, la tercera y válida posición: la "integradora".

O sea, aquella que—admitiendo toda renovación eficaz en el idioma acreditada por el "uso"—mantuviera la suprema Unidad y tradición de una Lengua ya universal.

En Chile: Hanssen, Lenz, Amunategui. En Colombia: Restrepo. En Centroamérica: Henríquez Ureña. En Argentina: Groussac, Rojas, Marasso, Tiscornia, Obligado, Capdevila, Herrero Mayor y la joven Escuela de Filología.

Frente a la tesis romántica de Alberdi—"governar era poblar"—, ahora se veía claro que "imperar era hablar". Hablar todos una Lengua común era pasar de ser "emporio o factoría" a la aspiración de "Imperio"!

Desde principios del siglo XX vibraban en el aire histórico hispanoamericano mandatos precisos.

Nietzsche había liquidado el Romanticismo lacrimoso y secesionista en el mundo.

Rubén Darío había proclamado el "haz de lo hispánico" (sangre indígena, rezo a Jesucristo y habla en español).

Rodó había asegurado al "genio de la Raza" en la Lengua española.

Argentina, que era la más insurrecta, pronto vió que todas sus peculiaridades idiomáticas residían en naderías:

Fonéticamente, en unos andalucismos (yeísmo, seseo).

Morfológicamente, en unos arcaísmos deliciosos y castellanizantes (voseo, anacolutos).

Lexicalmente, en unos cuantos neologismos (cocoliche, coprolalias, alalias) del aluvión inmigrante.

Pero la SINTAXIS—que era la vertebración del idioma—permanecía intacta. La Lengua de España y la de América venía a ser, por tanto, la misma.



Y sin embargo, un finísimo instinto ambicioso hacía percibir a la Argentina—sobre todos los demás pueblos de América—, que siendo la Lengua que hablaba la esencial y misma

de España, resultaba—"en proyección futura"—otra. Eadem sed aliter. Lo que de hecho significaba Buenos Aires: una "España mundializada". Así su lengua: "un mundializado español".

Y ¿cómo llamar a esta nueva y misma Lengua hispánica y mundial a la vez?

Pan-español—dijeron unos. Neo-español—propuso el gran Avelino Herrero Mayor. HISPANIDA—afirmamos hoy nosotros. Hija de la HISPANIDAD y no del "Español". Expresión de un conjunto Universal de pueblos. Con ese humanístico y helénico sufijo—IDA (Hispan-ida)—que significa lo geniticio, lo filial—desde tiempos de Homero y de Platón.



Ninguna mejor prueba de ello que mostrar sucintamente una correlación entre las Etapas históricas del "español romana"—o Romance Castellano—y del "Argentino hispanida". (Y al decir del argentino, lo propongo también para las otras Hablas hispanidas de América.)

Pero no podemos plantear tal correlación si antes no se nos admite un nuevo y firme postulado sobre lo que sea el Lenguaje como fenómeno humano.

Para nosotros, el Lenguaje no es un "devenir o werden", como lo consideraron los románticos. Ni un "hecho evolutivo", como pensaron los positivistas. Ni una "entelequia", como creyeron los idealistas. Sino una "misión que, a través de él, concede Dios a los pueblos bien nacidos: a los que tienen Madre y Padre conocidos". O sea: con un elemento indígena (o pasividad materna), más un elemento activo, foráneo, fecundador: paterno. De ese Matrimonio cultural—el pasivo o indígena y el activo o imperial—surgieron siempre las Lenguas "misionales".



Veamos tales períodos correlativos. Entre la Lengua de España y, por ejemplo, la Lengua de Argentina.

El "iberismo latinida" surgió en un primer período gestatorio (siglo III antes de C. a siglo V después de C.).

Correspondiente al "americano hispanida" de los siglos XV a XVIII. Cuando el "español imperial" se uniera a las "pasividades indígenas" del taino, quichua, caribe, nahualt, guarani, etc.

(No fué el "latín vulgar", como pensaran un Grandgent o un Wágner, el que determinó las diferencias románicas, el que suscitó las lenguas romances durante el Medievo. Sino las "latentes genuinidades indígenas" al aflorar de nuevo, cuando la presión cultural del latín se derrumbó con el Imperio hacia el siglo V.)



Entonces fué cuando comenzó el segundo período: el secesionista.

Que para España se dió en la Edad Media, entre los si-

glos V y XIII. (Y para las hablas americanas: en el Romanticismo del XIX. Pues el Romanticismo fué, al fin de cuentas, un proceso medievalizante. Un neo-medievismo.)

Efectivamente: en la España de los siglos V al XIII, el latín "cultural" del Imperio romano quedó reducido al latín "cultural" de la Iglesia, ya sin bastante fuerza para evitar los "hechos diferenciales", intensificados por las invasiones bárbaras del Norte germánico y del Sur árabe.

(Del mismo modo: así sucedió en América por el siglo XIX. Derrumbado el Imperio español, sólo quedó la presión cultural de la "letra impresa"—prensa y libros—, que evitó una fatal diferenciación indigenista. Habiendo también sufrido invasiones alógenas: anglosajonismos, lunfardismos, barbarismos.)



El tercer período—o Renacentista—comenzó para España del XIII al XV.

(Para América—singularmente para Argentina—, su correlato está en este siglo XX.) En España, el núcleo heredero de la misión imperial de Roma se reveló en Castilla—Toledo—, que desde el siglo XIII poseyó ya un "Romance castellano", ambicioso en política y espíritu.

América dió—siglo XIX al XX—el núcleo pampero de Argentina, con genio llanero de castellanidad, de romanidad. Y que, desde Buenos Aires (nueva Toledo) se manifestó como continuador de la misión unificadora española—y por lo tanto romana—entre pueblos, razas, lenguajes.

Todavía el "francés", en el primer cuarto del siglo XX, influyó en lo argentino. Pero tal como el "provenzal" sobre la lírica castellana del siglo XIII.



Ahora bien; Así como Castilla desde el siglo XV proclamó su identidad genial con el latín (Mena, Nebrija, Santillana y otros humanistas), así también en Argentina comienza a proclamarse ya, en este cuarto período—"renacentistamente"—su filiación hispanida. Con ambición de futuridades y proyecciones históricas.

Como ya dijo Campanella a los grandes gobernantes españoles de entonces, una Patria, una Comunidad de pueblos sólo es posible por tres cosas: Primera, por la Lengua. Segunda, por la Espada. Tercera, por el Tesoro.

Hoy es la hora de la Lengua en América.

Y por eso—tal como Nebrija ofreciera su "Gramática" a la reina Isabel momentos antes de descubrirse América, para que formase un solo pueblo (pues en "su mano estaba no menos el poder de la Lengua que el arbitrio de todas las cosas")—, así yo hoy ofrezco esta "Gramática" mía recién terminada, un nuevo método de "Lengua de la Hispanidad" a la juventud de América y España, en vista del futuro. Para lograr—como augurara el propio Nebrija—"reducir e ayuntar en un cuerpo e unidad los miembros en pedazos derramados".

Y si yo me atrevo a ofrecer este gran servicio a nuestras juventudes es porque, siendo católico, apostólico y romano, pude—de veras—ser español. Y al ser de veras español, puedo aspirar a ser hispanida. Hijo de la Hispanidad. Hombre universal de mañana.